

De cara a las nuevas tecnologías

Rodrigo Alonso

En la profusa literatura que gira en torno de las "nuevas tecnologías", existe una marcada insistencia por resaltar su protagonismo en la transformación del mundo a nuestro alrededor. Según el común denominador de estas teorías, las nuevas tecnologías inducen nuevas formas de comprender y configurar la realidad, las relaciones sociales, laborales y económicas, las producciones culturales y la vida política en su conjunto. Desde su irrupción, es obsoleto pensar el mundo en los términos con que se lo hacía tradicionalmente. Su aparición en el horizonte cultural marca una clara modificación de nuestras formas de vida, y por consiguiente, una transformación radical de nuestro entorno.

Si bien una parte sustancial de estas teorías pareciera fundarse en un terreno firme, uno de sus problemas claves es considerar que el potencial transformador de las tecnologías se encontraría en ellas mismas, independientemente de los contextos donde se despliegan o los usos de los cuales son objeto. Esto impide comprender el verdadero sentido que aquéllas cobran en la vida de las personas, o las formas creativas en que éstas escapan a los usos impuestos por el dispositivo tecnológico. Los estudios sobre la televisión, por ejemplo, continúan basándose en su naturaleza transmisiva y unidireccional, la estandarización de sus formatos, su sustrato comercial, sus "efectos" sobre el público o la calidad de su programación. No consideran, en general, qué es lo que la gente realmente "hace" con la televisión: observarla sin volumen en un bar, utilizarla como compañía de las tareas domésticas, consultar la hora o la temperatura, grabar los programas que interesan y mirarlos en otro momento eliminando la publicidad, entre otras cosas.

Otra situación a considerar es la pervivencia en una innovación tecnológica de hábitos correspondientes a formas anteriores. Un caso paradigmático es, sin dudas, la Internet. Desde su creación se insiste en la capacidad multimedia de la red y en cómo la interactividad y las lecturas hipertextuales transforman nuestras formas de acceder al conocimiento. Sin embargo, el uso más generalizado de las redes informáticas es muy poco interactivo y continúa basándose en las prácticas escritas. Para la mayor parte de la gente, por lo menos en nuestro país, la Internet es una gran enciclopedia o, en su defecto, una versión ampliada de las Páginas Amarillas. La lectura gobierna el acceso a sus contenidos, incluso en formas muy tradicionales: muchas personas suelen imprimir las páginas web que les interesan para leerlas con tranquilidad off-line.

Desde este punto de vista, sería insuficiente considerar las posibilidades estéticas de un arte ligado a las nuevas tecnologías atendiendo únicamente a la naturaleza de la tecnología empleada. Más aun, sería prácticamente impropio. Porque los artistas, salvo contadas excepciones, no son productores de tecnología, sino más bien sus *usuarios*. La práctica artística en este área parece orientarse, en realidad, hacia la creación de protocolos de uso, de mapas de tránsito por el universo tecnológico que configuran formas alternativas de acceder y circular a través de sus programas y dispositivos.

Así, podría pensarse al arte como un articulador entre el sistema tecnológico y el mundo sobre el que éste se despliega. Aunque, quizás, hace falta reflexionar un poco más sobre este punto. Las siguientes consideraciones, en principio diversas, se proponen esta tarea:

I.- Reflexionando sobre el concepto de lo “sublime postmoderno”, el filósofo francés Jean-Francois Lyotard recuerda un famoso ensayo del pintor norteamericano Barnett Newman, *Lo Sublime es Ahora*, y se pregunta: “¿cómo es posible pensar lo sublime como “aquí” o “ahora”? ¿Acaso lo sublime no es algo más allá del aquí y el ahora, más allá de la experiencia normal, algo que no puede ser mostrado o presentado?”

La respuesta que Lyotard formula para este interrogante sostiene que, en realidad, ese “aquí” y “ahora”, supuestamente la experiencia más común y cotidiana, constituye, de hecho, un evento completamente extraño a nuestra vida actual. Pocas veces somos realmente conscientes del lugar y el tiempo que habitamos, de nuestra realidad inmediata; pocas veces establecemos un diálogo verdadero con nuestro entorno próximo, y eso se debe, en gran medida, a la profusión tecnológica que nos rodea. La experiencia postmoderna es, sin lugar a dudas, una experiencia mediatizada. Pero aun en el ámbito de esta mediatización, es lícito preguntarse por el mundo en nuestro alrededor. Concretamente: ¿acaso toda traducción tecnológica de la realidad está destinada necesariamente a separarnos de nuestro entorno? ¿podemos pensar, por el contrario, en aplicaciones que nos reconecten con tal entorno, que faciliten el diálogo con el mundo que nos rodea sin sustituirlo o alterarlo radicalmente, que nos permitan erigir una conciencia renovada sobre nuestro contexto sin desnaturalizarlo? ¿dónde encontraremos esas aplicaciones tecnológicas?

II.- Una segunda cuestión compete al mundo globalizado, otro terreno atravesado por la tecnología. Evidentemente, los desarrollos en el ámbito de las comunicaciones, las tecnologías digitales, las redes y las interfases, han transformado al mundo en una trama de vínculos e interrelaciones, de intercambios y contactos. Cada vez más, la tecnología es un centro de sociabilidad, siendo canal e incluso terreno de verdaderas prácticas sociales, que conforman núcleos comunitarios, relaciones profesionales y afectivas, grupos de intereses y alianzas. Hoy parece impensable la vida sin telefonía, televisión por cable o Internet.

Sin embargo, sabemos que esta realidad tiene una proyección muy restringida. Amplios sectores de la población de nuestros países permanecen fuera de este sistema, desconectados, *unplugged*. Se habla, incluso, de un analfabetismo tecnológico como nueva barrera de demarcación de territorios sociales, y hasta de la conformación de un “otro” tecnológico, cuya legalidad exige establecer nuevas formas de convivencia y tolerancia social.

El tema fue el centro de los debates de la edición de *Ars Electronica* de 2002. Bajo el título, *“Unplugged. Art as the Scene of Global Conflicts”*, un grupo de teóricos reflexionó sobre la globalización y su exigencia de conectividad total. ¿Qué pasa, en este contexto, con aquellos que

por cualquier motivo no pueden o no quieren estar conectados? ¿Cuál es su espacio político y cultural en el seno de un proceso que lentamente tiende a excluirlos e ignorarlos? ¿Existen, o podrían existir, puentes entre estas realidades diversas? ¿en qué lugar, espacio o práctica?

III.- El último punto de partida para estas reflexiones es una derivación de la situación intensamente paradójica planteada en el párrafo anterior. La sociedad hiperconectada se enfrenta hoy a un problema serio e inédito: los desconectados. Pero ¿acaso éstos no existían *antes* de la expansión de la sociedad de la información? El estado de desconexión ¿no es un estado previo y no una consecuencia de la generalización de las redes a nivel global? El vocablo des-conectado sugiere lo contrario: aquí, la conexión es fundamento y la partícula negativa “des-“ señala una condición de anomalía...

Esto nos remite al punto verdaderamente importante: la *naturalización* del ambiente tecnológico. La penetración progresiva de la tecnología en nuestra vida cotidiana no constituye, en realidad, ninguna novedad: es un acontecimiento que sucede por lo menos desde la Revolución Industrial. En todo caso, sólo existe una diferencia de grados, pero de ninguna manera podemos afirmar que el advenimiento de Internet, por ejemplo, constituya un giro más radical que la aparición del automóvil o del teléfono. El siglo XX es un período marcado por este estado de transformación tecnológica permanente de nuestro universo cotidiano, y probablemente el siglo XXI siga sus pasos o incluso los multiplique.

Pero quizás en los últimos años estas transformaciones se han asimilado mucho más rápidamente, ajustándose a un entorno tecnologizado que se experimenta como natural. Los cambios son cada vez menos evidentes y se aceptan con poca o ninguna resistencia. Las discusiones en torno a los alcances y las consecuencias de las nuevas tecnologías suelen estar reservadas a los ámbitos académicos o teóricos en general, pero rara vez ocupan la esfera pública. Como resultado, la conciencia social sobre estas cuestiones tiende a ser débil o fragmentaria, dificultando posibles condiciones de análisis, reflexión y crítica.

Esta difícil relación entre discurso académico y discurso social ha sido señalada por Paul Feyerabend en relación al debate ecológico, en un artículo que lleva el sugerente título: *No Habléis. ¡Organizaos!* : “*Dudo mucho que una acción ecológica sea reforzada por una filosofía ecológica -sostiene el filósofo. Al contrario, una filosofía de este tipo puede crear con sus debates un anillo protector que impida que se realicen cambios considerables del status quo. Es posible que la crítica sea clara e incisiva; puede atacar el centro mismo de la cuestión, pero todo esto ocurre en un lugar seguro, donde no se pueden causar grandes daños, en las páginas de una revista respetable o entre las paredes de la academia.*”.

Los sistemas inmersivos, de simulación o de realidad virtual parecieran complicar el panorama. Al reemplazar la experiencia cotidiana por una creada artificialmente, introduciéndonos inadvertidamente en un espacio puramente tecnológico, tienden a inducir la habituación e

invisibilidad de dicha tecnología. Sin embargo ¿esto debe ser siempre así? ¿es posible pensar en una práctica tecnológica que fomente las capacidades críticas, reflexivas y analíticas sobre si misma? ¿dónde hallar tales prácticas?

La respuesta a todos los interrogantes planteados nos orienta hacia una práctica específica: la práctica artística. Porque en la práctica artística se produce una articulación privilegiada entre intervención en el mundo y producción de conocimiento, entre praxis vital y conciencia reflexiva.

Por supuesto que no se trata de cualquier práctica artística, sino de aquella que es conciente de sus posibilidades, que se propone un diálogo con su contexto, que reflexiona sobre el mundo del que forma parte y que de alguna manera ayuda a construir. Que enfrenta a la realidad como un problema, pero en el mejor sentido de la palabra “problema”, es decir, como un obstáculo que estimula la creatividad y el pensamiento.

Es desde esta perspectiva que debemos pensar la articulación entre una tecnología desarrollada, en general, en ámbitos foráneos, y las problemáticas específicas de nuestras realidades locales. Como una actividad donde la penetración y consustanciación con el contexto sea plataforma para repensar la tecnología desde situaciones específicas, desde entornos situacionales, donde los sistemas de simulación o la realidad virtual no degeneren en simulacros desemejados o en la virtualización de las discusiones que nos convocan.

La apropiación de la tecnología para generar puntos de vista propios: la práctica artística como práctica antropofágica.

La creación tecnológica como sustrato de una reflexión sobre nuestro aquí y ahora; como puente entre realidades dispares, incongruentes y afortunadamente múltiples; como herramienta para el análisis, el pensamiento y la crítica sobre la propia tecnología y sus discursos; como agitadora de conciencias, foro de encuentros y discrepancias, arena para la participación y el debate.

Una producción que no celebre acríticamente los desarrollos de la técnica ni se afirme en valores preformulados o predigeridos, sino que se proponga como auténtica actividad constructiva, constituyéndose, para utilizar las palabras de Catherine David, en “una fuente vital de representaciones simbólicas e imaginarias cuya diversidad es irreductible a la (casi) total dominación económica -y, podríamos agregar, tecnológica- de lo real”.